

LIBROS

Una ética de la finitud

La figura de Enrique Tierno Galván, en su doble vertiente de intelectual y político, es de las más justificadamente respetables y respetadas (aunque no precisamente por la Administración) de este país. Como intelectual, es de admirar la amplitud de su cultura, su ferviente y lúcida curiosidad ante las complejidades de la ciencia y la historia próximas o remotas, y una cierta voluntad de estilo que da a sus escritos personalidad —difícil personalidad con frecuencia— destacable en el panorama del ensayismo hispánico. Como político, su figura ilustra un movimiento de amplia base popular que trata de encauzar a España por la nada evidente vía de la democracia y la justicia. Hace pocos días fue el aniversario de su apartamiento de la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, que la Administración conmemoró con la suspensión de varias de las conferencias que él tenía programadas. No hace falta invocar maniobras misteriosas ni catastróficos fenómenos de masificación —es la Administración quien ha enseñado al cine el nuevo «estilo-terremoto»— para explicar la impenable situación de la Universidad en España: basta con recordar que personas como Tierno, Aranguren, García Calvo o Sacristán se han visto desplazadas de ella, entender los motivos políticos de tal evicción y utilizarlos para interpretar el resto de la situación problemática. Esta reseña aspira a ser un humilde homenaje a Tierno en la fecha de su expulsión de la Universidad. Quizá



Enrique Tierno Galván.

sorprenda su tono fuertemente crítico, pero en este país se olvida con frecuencia que la inteligencia no conoce ni quiere mejor homenaje que la controversia.

Voy a comentar aquí el breve ensayo del profesor Tierno titulado: «¿Qué es ser agnóstico?» (1). No precisamente por estar muy convencido de su importancia intrínseca o dentro de la obra de Tierno, sino por representar un punto de vista bastante extendido entre quienes admiten lo que podíamos llamar «la perspectiva científica» sobre la realidad. La palabra «agnosticismo» fue lanzada por el biólogo positivista Thomas Henry Huxley en 1869, para designar la postura opuesta tanto al creyente en la trascendencia cristiana como al materialismo que la desmiente. Tierno toma el término de un modo bastante modificado. Para él, agnóstico no es el ateo ni tampoco el incrédulo o el escéptico (aunque la etimología de la palabra —«a-agnostikós»: el que desconoce, el que no sabe— inclinaria a estas últimas equivalencias). El agnóstico se despreocupa de la posibilidad de la

existencia de Dios porque no admite la posibilidad de verificarlo; el agnóstico se encuentra «perfectamente instalado en la finitud», acepta y se contenta con sus perfecciones e imperfecciones, no pretende conocer nada fuera de lo finito ni admite que pueda conocerse y «no echa de menos a Dios». Lo finito, término clave en el uso tiernista de la palabra «agnóstico», no es lo opuesto a lo infinito, sino a lo trascendente. Tampoco equivale «finito» a «material»: de las tres sustancias que conocía la ontología clásica —sustancia material, sustancia espiritual y una tercera sustancia, trascendente a lo espiritual y a lo material, divina—, la finitud recubre las dos primeras y excluye únicamente la última. Por otra parte, el agnóstico, radicado plenamente en la finitud, no es ajeno a lo inefable, que sería precisamente la expresión de lo finito que logra dar el arte. El agnóstico carece de fe, pero no es un descreído: pues la fe es la aceptación de la trascendencia, pero la creencia es la aprobación de la finitud.

Lo primero que es preciso advertir es que Tierno se sigue moviendo en la problemática específicamente cristiana de verdad, no ver-

dad de la existencia de Dios. La fe es un invento del Concilio de Nicea; la importancia dada a la creencia, en detrimento de la piedad, es la aportación específicamente cristiana a la historia de las religiones. Según esta terminología de Tierno, la mayoría de las religiones del mundo son agnósticas. Por ello son muy mal venidas excursiones históricas como ésta: «La filosofía griega más elaborada rechazaba el concepto de mundo=finitud, buscando la vía del Ser, que no es lo que hay, sino el fundamento de lo que hay». De esto, nada es exacto: ninguna filosofía griega rechazó la igualdad mundo=finitud ni el concepto de Ser es «trascendente» en Parménides o Aristóteles, por ejemplo. Si Tierno piensa en Platón, debería reformular muy matizadamente su expresión para que comenzara a ser aceptable. Por eso Tierno no entiende nada de lo que pretende Nietzsche, quien precisamente intentó salir del ámbito de la fe en el que permanece el profesor salmantino. Todo el problema de la «verificabilidad» que decide la validez de las proposiciones o la existencia de los objetos son trasposiciones laicas de las pruebas de la existencia de Dios, perfectamente ajenas a esa raíz griega del pensamiento que Nietzsche y otros han intentado recuperar. Tierno sigue creyendo que la divinidad necesita «pruebas», pero a él la prueba no le sale, y a Santo Tomás sí. Disputas intestinas de los cristianos.

El agnóstico sigue creyendo en el sentido y significado del mundo, por lo que en seguida el agnosticismo se convierte en fuente de obligaciones éticas. En primer lugar, la satisfacción con lo finito da lugar a la serenidad, lejos de todo pesimismo vital o metafísico, «el sosiego de ser frente a la tradicional dificultad de ser». Esta satisfacción es obligatoria, y Tierno se pone conminatorio cuando se refiere a los disidentes:

«Cualquier insatisfacción de lo finito en cuanto tal, es enfermedad, pues en ella está implícita la pretensión de algo más bastantes». ¡Ya salieron los locos, Dios mío! Todo descontento con la vida es morboso, aunque puede corregirse con un adiestramiento adecuado en la infancia: «A veces aparece el cansancio de la finitud, que se traduce en desconsuelo y zozobra ante la vida, pero es el resultado de una mala educación. Nadie puede cansarse de vivir si está educado en el amor a lo finito». Es interesante advertir las cosas tan ingenuas que pueden llegar a decir las personas inteligentes cuando se ponen en clave optimista. Por lo demás, el agnosticismo pretende corregir un acendrado error del pensamiento occidental, que Tierno resume así: «La inteligencia europea ha creído que la especie se orientaba de un modo erróneo porque veía a la especie dual y contradictoria. En esta dualidad, una parte superior, el espíritu, seguía una línea que no coincidía con la naturaleza. Esta tiene que ser corregida por aquél, y el mejor modo para que el espíritu corrija a la naturaleza consiste en negarla como es y afirmarla como debe ser». Esta —dice Tierno— es una idea primaria de origen cristiano, aún vigente incluso entre algunos finitistas. Para superar esta dualidad debemos restituir a la especie lo que es de la especie y vivir perfectamente en la finitud: «La especie ha seguido un doble camino. Debía haber seguido uno sólo, y ahora, cuando nos damos cuenta de ello, intentamos restituir a la especie su propio sentido, el que debía haber tenido». Y más adelante dice que «es curiosa la restitución de que hablamos, pues el convencimiento de su necesidad es el resultado de un largo proceso que es inútil pensar que pudiera haber sido de otra manera, aunque debiera de haberlo sido». Pues qué bien: Tierno sigue convencido de que las co-

sas debieran de haber sido de otro modo (pecado original) y que hay que devolver al mundo su auténtico sentido (redención) a fuerza de negarlo como es y afirmarlo como debe ser, idea original cristiana, como él mismo advierte. Plus ça change, plus c'est la même chose».

Acabo. El agnóstico sabe que «hay lo que hay», o, como diría el obispo Butler, «que lo que es, es lo que es, y no otra cosa». No renuncia a justificar la existencia de la especie humana, aunque en esta tarea, como en todas las metafísicas que se proponen, se ve aquejado de tautologismo agudo: «Admitiendo que justificar signifique encontrar una razón suficiente, el agnóstico halla la razón suficiente de la existencia de la especie en la existencia de su propia especie». Como se ve, hay momentos en que la creencia se parece sospechosamente a la fe. ■ FERNANDO SAVATER.

La frialdad del viajero

Hay hombres que emplean la escritura no como medio de comunicación, sino como instrumento de exploración de un país que suele ser la misma escritura; llenan con palabras un espacio blanco y reflexionan luego sobre el laberinto así creado, buscándose en los verticutos de un jardín que es mapa de sus espíritus. Ese es el caso de Kafka, perdido en los pasadizos de un castillo que era él mismo; o el de Teresa de Jesús, cuyos manuales de cartografía espiritual —«Las Moradas», espacios internos— no fueron nunca guía de más caminante que ella misma. Y es el caso también de Henri Michaux, infatigable viajero en su escritura, explorador de países remotos que, internos o externos —el Ecuador, Asia, Africa o la «Grande Garabagne»—, son máscaras y artificios de su verbo demiurgo, palabras y bloques de pa-

(1) Enrique Tierno Galván, ¿Qué es ser agnóstico? Ed. Tecnos, 1975.